

## 573-574 OPUSCULO TRIGÉSIMO TERCERO. SOBRE EL BIEN DE LOS SUFRAGIOS Y VARIOS MILAGROS, ESPECIALMENTE DE LA B. VIRGEN.

### ARGUMENTO.

Desiderio, abad de Casina, había amenazado a B. Pedro Damián, a través de un mensajero, que si no acudía lo antes posible a visitar su monasterio, no recibiría los sufragios de oraciones de los monjes de Casina si fallecía mientras él vivía. Conmovido por esta amenaza, le escribe en el presente para que la revoque, alegando la dificultad del viaje; también exagera la gravedad de la pena que le había sido amenazada. Finalmente, después de alabar la virtud de la obediencia, no oculta que le obedecerá.

Al monje Arcángel DESIDERIO, PEDRO, monje pecador, servicio.

No quiero que ignores, venerable Padre, que ese pequeño Guido, nuestro niño, ha introducido un agudo agujón de tristeza en mis entrañas; cuando me comunicó, en orden, lo que me habías amenazado. Dijo que habías afirmado que, a menos que visitara el monasterio de Casina, que tú gobiernas noblemente, no tendría la oración del santo lugar si fallecía mientras tú vivías. Estas amenazas, cuando las recuerdo, no me punzan como agujas, sino que más bien atraviesan nuestras entrañas como lanzas o dardos. Me veo constreñido por los obstáculos de una doble necesidad. Pues la edad madura me hace sospechar de una muerte cercana, y ser privado de la oración de tantos santos no es un peligro leve. Por lo tanto, temo profundamente que, mientras busco el monasterio, muera fuera de él. Porque aunque la muerte es incierta para otros, sin duda está cerca para los ancianos. La edad que no tiene sucesor anuncia el fin de la vida. Sin embargo, no viniendo, temo igualmente que, si permanezco inseparablemente con los hermanos con los que estoy, pierda la ayuda más abundante e incomparablemente más santa del convento. Así, situado en medio de ambos peligros, no discierno claramente qué debo hacer, ya que, elija lo que elija de los dos, no evito el lazo de la sospecha ambigua.

### **[SOBRE EL BIEN DE LOS SUFRAGIOS Y VARIOS MILAGROS.]**

CAPÍTULO PRIMERO. Que no se debe creer en los sueños.

Aquí vuelve a la memoria lo que, como dice Gellio, Alejandro soñó, que no debía creer en los sueños. Dondequiera que Alejandro elija, esta discusión concluye con que no se debe creer en el sueño que vio. Porque si se debe creer en los sueños, ese sueño que afirma que no se debe creer en ellos. Algo similar se encuentra en la sagrada escritura cuando se dice: «Dije en mi exceso de mente, todo hombre es mentiroso (Salmo CXV);» a lo que se puede responder: Si todos, también tú; y ya será falsa la sentencia que tú, siendo mentiroso, pronunciaste. Pero si tú no eres mentiroso, ya no será verdadera la sentencia; porque si tú eres veraz, no se reconoce que todo hombre es mentiroso. Pero para que la sagrada Escritura no esté sujeta a calumnia como las escrituras de los gentiles, sino que se defiende con su propia autoridad, se debe notar lo que se prefiere: Dije en mi exceso de mente. Por el exceso de mente, incluso se trasciende a sí mismo cuando define sobre la cualidad del hombre. Como si dijera claramente: De la falsedad de todos los hombres he pronunciado una sentencia verdadera, desde donde yo mismo fui más allá del hombre. En tanto él mismo es mentiroso, en cuanto hombre. Pero en tanto no es mentiroso en absoluto, en cuanto por el exceso de mente ascendí más allá del hombre para contemplar las cosas supremas.

Pero cuando casi quince días nos separan en el camino, hubiera sido apropiado que lo que ordenas al anciano, tú mismo lo experimentaras primero, siendo fuerte en edad, robusto en fuerza: además, añade que abundas en vehículos y en el servicio de ministros que te rodean. Se dice que Falaris también presentó el ejemplo de esta ley, quien, aunque convirtió el reino en tiranía y cruelmente desgarró a los culpables con suplicios exquisitos, un herrero le ofreció un toro de bronce, y dispuso que los condenados fueran arrojados en él al rojo vivo. Creyó que agradaría especialmente por su crueldad, a quien siempre vio ansioso por infligir suplicios y conoció como autor de inhumana crueldad. Especialmente porque cuando alguien era arrojado a la bestia y emitía voces, el toro parecía mugir por las narices y la boca. Pero él devolvió a su generoso donante los dones que merecía: Amigo, dijo, agradezco el don recibido; pero deseo e inevitablemente ordeno que lo que me enseñaste, lo experimentes primero. Inmediatamente, arrojado al toro, probó primero lo que enseñó a infligir a otros. Y se convirtió en autor de la pena, quien antes había sido el creador del laberinto penal. Actúa, pues, tú también lo que ordenas, y joven, apresúrate al anciano, quien invitas al anciano a que venga a ti. Sin embargo, ahora hablaré en serio, si a través del camino de tan largo viaje, hubiera sido posible llegar al umbral de nuestro Padre B. Benito, no consideraría esto como un pequeño cúmulo de recompensa. Y estoy seguro de que si en el camino de esa peregrinación me sucediera morir, no me pesaría tanto la ruina de mi propia culpa, como me elevaría la dignidad de sus méritos.

## CAPÍTULO II. Ejemplo asombroso de Basso de Anicium.

Esta esperanza mía también se fortalece con lo que un hombre religioso y prudente, el cardenal presbítero de la sede apostólica, Esteban, me informó hace casi cinco días. Dijo que un tal Basso, de origen borgoñón, del obispado de Anicium, devotamente visitó la Iglesia de la Madre de Dios, siempre virgen, adornada con un título insigne, llamada en el Podio, con el fin de orar, y después de completar sus oraciones y devoción, comenzó a regresar a su hogar. Y cuando llegó a una aldea donde se encontraba la celda de un monasterio habitado por religiosos hermanos, cuyo nombre he olvidado, cayó enfermo, enfermó y murió: luego, cuando ya el cadáver, lavado y envuelto en lienzos según la costumbre, yacía en medio, y la piadosa custodia de los fieles velaba alrededor del féretro, ya casi en el silencio de la noche, y acercándose el canto del gallo, el que yacía muerto de repente se levantó, y así todos los que estaban alrededor fueron invadidos por un estupor de admiración y un horror intolerable. Entonces, él, con una voz de gran clamor, temblando y horriblemente asustado, comenzó a rogar a los presentes que insistieran valientemente en la salmodia y en los piadosos votos, para que los oscuros espíritus de la maldad, que se veían por los rincones y paredes de la casa, fueran ahuyentados por las santas oraciones. Y cuando, con las oraciones dirigidas a Dios, los demonios se desvanecieron como humo llevado por el viento; él, dejando el terror y animado por la audacia de la seguridad, narró públicamente ante todos lo que le había sucedido en secreto. Al salir de mi cuerpo, dijo, dos ángeles de espléndida claridad se me acercaron de inmediato, quienes comenzaron a llevarme con ellos a las alturas; pero he aquí que las negras turbas de demonios, como falanges de etíopes, me rodean por todas partes; me reclaman con una exigencia muy aguda e importuna como un hombre de su jurisdicción. Este hombre, dicen, es nuestro, vivió bajo nuestras leyes, no dejó de obedecer nuestras leyes. Pues siempre le prevaleció la ley de la carne; pero ignoró completamente la ley del espíritu. Pero los santos ángeles respondieron: No negamos, dicen, que fue vuestro mientras vivía en sus propios asuntos. No es lícito resistir a la verdad; pero porque ahora ha muerto en el servicio de la reina celestial, nuestra señora, no estará sujeto a vuestra impiedad por los delitos de su vida, quien concluyó su vida con un final piadoso. Ni podrá perecer ante la presencia del juez eterno, quien se proveyó del auxilio de su Madre. A esto ellos respondieron: Como Dios,

dicen, es sin duda un juez justo, nunca quitará lo que es nuestro, ni actuará contra nosotros con prejuicio, ya que ignora por completo la injusticia. Y cuando intentaron hacer violencia a los ángeles, los ángeles, ya conociendo la verdad, resistieron más suavemente y con menos fuerza; sin embargo, profesan que pronto tendrán ayuda, y amenazan con la rápida llegada de la Madre de Dios. Pero mientras estos, con una modesta protección, luchaban por mí, aquellos, por el contrario, hervían furiosamente y más cruelmente para reclamar al hombre de su jurisdicción; he aquí que como un relámpago de fuego, un repentino resplandor de luz radiante brilló, y para asombro de todos, la reina de los cielos, rodeada reverentemente por el servicio de los ángeles, la Madre de Dios llegó. Entonces los espíritus reprobos, aunque al principio se aterraron por la llegada de tanta gloria, y su excesivo resplandor deslumbró su vista, sin embargo, se quejan de la injuria infligida y protestan por el robo de su posesión por la violencia angelical, diciendo: Porque si Dios es justo, nunca quitará al impío de nuestras manos. A lo que la B. Virgen respondió: Aunque este hombre, como decís, fue vuestra posesión por la depravación de su obra, y vivió impiamente o carnalmente, nunca mi piadosísimo y clementísimo Hijo y Señor permitirá que sea sometido a vuestras crueldades, quien ve que murió en peregrinación bajo el servicio de mi servidumbre: especialmente porque este confesó sus pecados a los sacerdotes, y recibió el juicio con penitencia y gemidos, aunque prevenido por una muerte repentina no pudo cumplirlo. A esto ellos, como si encontraran una ocasión de victoria, regocijándose y como insultando, objetan: Como tú eres, dicen, madre de la verdad y de la justicia eterna, ¿acaso puedes ignorar que cometió este crimen tan inmenso y sangriento, que sin embargo nunca hizo conocer a nadie por confesión de voz? mencionaban un cierto grave pecado cometido por mí. Este pecado, aunque la bienaventurada Virgen lo reconoció verdaderamente de los autores de la mentira, modestamente guardó silencio por un momento, y de alguna manera mostró reverencia a la verdad. Pero, reparando nuevamente su discurso: Es cierto, dijo, lo que objetáis; pero como ante mi misericordioso Señor y Hijo la misericordia supera el juicio (Jac. II), y no le deleita tanto el castigo de los pecadores como el perdón de los pecados, mirándome de inmediato dijo: Regresa al cuerpo, hombre. Confiesa este crimen, que te ha sido justamente objetado por los inicuos, al sacerdote ante los monjes de la celda cercana; y pídeles por mi autoridad que asuman el modo de penitencia que te fue impuesto, y se esfuercen por cumplirlo por tu absolución, ya que pronto morirás; una vez hecho esto, regresa a mí sin demora. Aquí yo no dejaré de esperarte hasta que regreses. Y cuando él narró esto en orden, los santos hermanos, tanto por la caridad hacia él como por la obediencia a la Virgen de Dios, asumieron la penitencia que le fue impuesta, y pronto, alegre y feliz, murió como si se durmiera. Y así, lo que dijo en vida, lo confirmó muriendo. Yo también, si al dirigirme hacia vosotros, muero como viajero de un camino bendito, confío en que la protección de S. Benito no me faltará.

CAPÍTULO III. La B. Virgen ordena que se restituya la prebenda a un clérigo devoto suyo.

Además, el mismo Esteban me relató otra cosa, aunque no la tenía tan cierta como la que hemos expuesto antes. Recuerdo haber oído, dijo, que un cierto clérigo era tonto, insignificante, frívolo e inepto. A esto se añade que no parecía tener ninguna virtud de dotación religiosa, ni de gravedad o modestia de disciplina canónica: sin embargo, entre estos muertos cenizas de vida inútil, vivía este pequeño fuego de escaso combustible, que diariamente se acercaba reverentemente ante el altar sagrado de la bienaventurada Madre de Dios, y curvando reverentemente la cabeza, cantaba este versículo angélico y evangélico: «Ave María, llena de gracia, el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres (Luc. I).» Así, cuando el nuevo obispo descubrió la ineptitud de tanta fatuidad, consideró indigno que una persona inútil retuviera la utilidad de la Iglesia; y le quitó la prebenda que había recibido de su recientemente fallecido predecesor. Pero cuando la escasez de recursos familiares oprimió

a este, y no tenía otra cosa de la que pudiera vivir, en el silencio nocturno, la piadosa Madre de Dios se apareció al obispo mientras dormía; a quien precedía un hombre que llevaba en una mano una antorcha encendida y en la otra una vara. A quien la B. Virgen ordenó de inmediato que castigara al obispo delincuente con algunos golpes de la vara que llevaba: ¿Por qué, dijo, quitaste al capellán mío, quien me rendía diariamente vigiliias, el estipendio de la Iglesia, que no le habías conferido? Y el sacerdote, despertando tembloroso, devolvió el beneficio al clérigo, y a quien quizás había creído desconocido para Dios, ya lo honró más como querido. Si, por lo tanto, él, cantando solo un versículo de alabanza, mereció los alimentos del sustento corporal; ¿cuánto más fielmente esperarán los eternos quienes diariamente cumplen los votos de todas las horas a la bienaventurada reina del mundo? Por lo cual, una hermosa costumbre ha crecido en algunas Iglesias, para que especialmente en su honor se celebren oficios de misas todos los sábados, a menos que una festividad o feria cuaresmal lo impida. Nosotros también, en los eremitorios o monasterios, de los cuales somos ministros para la gloria de Cristo, tenemos tres días por cada semana asignados a los santos, en cuyo honor celebramos misas especialmente. Y para que no parezca que lo hacemos por capricho, sino por razón, debes saber que según las piadosas opiniones y sentencias de hombres ilustres, las almas de los difuntos descansan y se liberan de los suplicios en los días dominicales; pero el lunes regresan a los lugares de castigo a los que han sido asignadas. Por eso, especialmente en ese día se rinde honor a los ángeles con misas, para que se procure la defensa de su patrocinio tanto para los muertos como para los moribundos; el viernes también se asigna no inconvenientemente a la cruz vivificante, que es el día que se purpura con la gloriosa sangre del Señor colgado en la cruz. En ese día, todos nuestros hermanos, a quienes el orden monástico conecta, también añaden esto para el cúmulo de su propia salvación, que se golpean en el capítulo con el látigo vicario de las escobas, y además celebran un ayuno en pan y agua. Afirmando que en esto verdaderamente participamos de la cruz, en esto sin duda morimos con Cristo, si en este mismo día, en el que él sufrió, también nosotros sacrificamos nuestra carne a través de los medios de tormento.

Añaden también que, cuando a lo largo de casi cinco mil años, todo el género humano fue oprimido bajo el yugo de hierro del diablo, y especialmente en este día fue liberado triunfalmente por el estandarte de la cruz, es digno, por supuesto, que a este día, que rompió el vínculo de todas las edades, nuestra carne pague como un canon de tributo, por el cual se regocija liberada de las cadenas de su cautiverio. Dicen también que cuando en el día del juicio terrible el eterno juez ilumine, rodeado por el servicio de los ángeles por todas partes, y todos los elementos se conmuevan por el horror de tanta majestad, la santa cruz será llevada por los ángeles y se colocará ante los ojos de todos los mortales, no ya adornada con oro o perlas, sino más resplandeciente que el sol y todas las estrellas por virtud divina. Entonces, ¿con qué sincero corazón y libre conciencia se presenta ante el sublime tribunal del tribunal flamígero, quien reconoce haber pagado el tributo de su servidumbre a la cruz vivificante, por la cual fue liberado de ser siervo del diablo? Con estos y otros argumentos, los santos hermanos definen que se debe ayunar el viernes: y así se muestran crucificados con el Señor crucificado. ¿Y qué es grave, si cualquier cristiano dedica un día de la semana a su alma, para lo cual la dieta medicinal también lo impulsa para preservar la salud del cuerpo? Pues César Augusto, bajo quien el Salvador se dignó nacer de la Virgen, como relata cierta historia, siguiendo el consejo de los médicos, siempre se abstenía un día por semana; para que, aliviado el cuerpo, pudiera permanecer vigoroso y saludable. También celebran misas en honor de la santa cruz ese día, para adquirir el patrocinio de la cruz en el día de la necesidad.

579 CAPÍTULO IV. Por qué el sábado está dedicado a la B. Virgen.

El sábado, que se interpreta como descanso, en el cual se dice que Dios descansó, se dedica muy adecuadamente a la bienaventurada Virgen. A quien la Sabiduría se construyó una casa (Prov. IX), y en ella, a través del misterio de la humildad asumida, descansó como en un lecho sagrado. A quien ciertamente se le rinde un honor digno, y a quienes lo hacen se les provee de la ayuda de una defensa segura.

Quocirca lo que aprendí por el relato de mi hermano Damián, entonces arcipreste y luego monje, lo narro fielmente, a menos que mi memoria olvidadiza me engañe. Otro de mis hermanos, llamado Marino, laico de hábito pero temeroso de espíritu, al agravarse su salud pulmonar y del pecho, finalmente llegó a sus últimos momentos. Mientras tanto, al amanecer de cierto día, de repente comenzó a alegrarse como si alguien llegara, a sonreír con júbilo y a mostrar una festiva serenidad en su rostro: pronto, rompiendo en palabras, con gran ímpetu de atención, se dirigió a los que lo rodeaban: Levantaos, dijo, levantaos y reverentemente levantaos ante mi señora; luego, dirigiendo su discurso a otro lugar, decía: ¿Y qué es, mi señora, reina del cielo y de la tierra, que te has dignado visitar a tu pobre siervo? Bendíceme, mi señora, y no permitas que vaya a las tinieblas, a quien has concedido la luz de tan grande presencia. Cuando hubo pronunciado tales palabras; he aquí que Damián, quien ciertamente estaba unido a él por parentesco, al igual que a mí, después de haber cumplido con los oficios nocturnos a Dios, regresó de la Iglesia. Pregunta qué sucedía con el hermano enfermo. Este, en verdad, testimonia que está seguro de su cercana muerte, pero se queja con reproches contra los presentes. ¡Ay, ay! hermano, dice, ¡qué ignorantes, qué inexpertos e irreverentes tenemos, y sin disciplina doméstica; y tú, hombre esforzado Bonizo (pues había allí entre ellos un rico de este nombre, aquel comerciante), ¿cómo pudiste sentarte a la llegada de la reina celestial? ¿Vino la reina del mundo, y ustedes descuidaron levantarse? ¿Vino la madre del eterno emperador, y ustedes consideraron su presencia como insignificante? A lo que Bonizo respondió: Deliras, dice, aún, y enloquecido por la enfermedad, profieres estas vanidades; ¿o es acaso verdad lo que dices? A nosotros ciertamente nos parecen vanas y frívolas estas cosas. A esto él respondió: ¿No saben, dice, que esta enfermedad que padezco nunca ha solido alienar las mentes de los enfermos? Conozcan firmemente, pues, y sin ninguna ambigüedad, que la bendita madre de nuestro Redentor, acompañada de huellas angélicas, me visitó, me mostró la alegría de su rostro sereno: me bendijo, y enseguida se fue. Y cuando poco después él falleció, un anciano sacerdote, llamado Severo, quien ciertamente había sido su padre espiritual, relató que mucho antes, mientras aún estaba vigoroso y gozaba de buena salud, despojado de sus vestiduras, ató al cuello el cinturón con el que se ceñía: se entregó al altar de la bendita Madre de Dios, como un siervo esclavo: enseguida se hizo azotar como un mal siervo ante su señora, diciendo: Mi gloriosa señora, espejo de pureza virginal y norma de todas las virtudes, a quien yo, miserable e infeliz, ofendí por la obscena podredumbre de mi carne, y violé la castidad de mi cuerpo, de la cual tú eres madre y autora; ahora, pues, lo único que queda como remedio, me entrego a ti como siervo, someto el cuello de mi cuerpo al imperio de tu dominio. Doma al rebelde, recibe al contumaz; y que tu piedad no rechace al delincuente cuya inmaculada virginidad dio a luz al autor de la verdadera piedad. Por este pequeño don de mi servidumbre te ofrezco entonces un tributo, y de ahora en adelante, mientras viva, pagaré un tributo anual de un canon fijo. Colocó, pues, una cierta suma de dinero en el altar, y así, confiado en la misericordia que había buscado, se retiró. No es, pues, tal vez esta, sino una historia similar la que mi hermano relató sobre el hermano, de la cual, aunque no retengo las palabras por el olvido, al menos en cuanto me es posible, no me aparto de lo relatado por cierta similitud. Que este versículo de confesión, pues, me aproveche para todo lo relatado o por relatar; y que me haga excusable ante las miradas celestiales en lo que yerro por ignorancia.

## CAPÍTULO V. Que las oraciones y sufragios son alimento para los difuntos.

Para unir, pues, lo superior con lo inferior, no, no, piadoso padre, no perseveres en la sentencia de amenazas que has proferido; no prives a tu hijo enfermo, ya sea vivo o después de la muerte, del remedio de tu oración. Por otra parte, porque yo, infeliz, mientras vivo, por la pereza de la desidia no siembro, después de mi muerte, si sobrevives, espero de tus manos el alimento; para que el sacramento de tu ofrenda se convierta en banquete para mi alma, y el sacrificio de tu oración sea para mí alimento vital. ¿Y qué maravilla, si la hostia de la sagrada ofrenda se cree que es refrigerio para los difuntos, cuando se convierte en alimento a veces incluso para los vivos en peligro? Pues el venerable anciano Pedro, sacerdote y monje, que ya casi setenta años vivió religiosamente bajo la regla del monasterio de Nonantula, y ahora también lleva una vida angélica en este eremitorio, me ha contado a menudo lo que él mismo conoció por el relato de los hermanos que venían de las cercanías del lago de Comacina. Dice que unos canteros en el monte Clavenna habían esculpido calderos de la roca de la tierra, y al completar el trabajo, ya se disponían a regresar. Uno de ellos, al darse cuenta de que había dejado olvidada una herramienta, se adentró en la cueva del monte para recuperar su pérdida. Pero he aquí que una parte de la cueva se derrumbó detrás de él, y una masa de escombros de piedra lo encerró de tal manera que no pudo regresar. Y aunque sus compañeros intentaron con frecuentes excavaciones rescatar a su colaborador, al menos para sacar el cadáver destrozado y aplastado, ya todo su esfuerzo resultaba en vano, finalmente, agotados y completamente desesperados, regresaron a sus hogares. Sin embargo, antes de que transcurriera por completo el ciclo del año que se deslizaba, amigos o parientes suyos, impulsados por un cierto fervor íntimo, se animaron a buscarlo más diligentemente, para que al menos de sus huesos o de alguna manera pudieran encontrar vestigios. Así, con diversas herramientas de excavación, se acercan al monte, lo examinan de aquí y de allá, y recorriendo curiosamente buscan la entrada de la grieta oculta. Así, no sin gran esfuerzo, removidos los escombros, aún jadeantes continúan excavando y penetran en las entrañas del monte excavado. Cuando he aquí que al hombre, a quien apenas esperaban encontrar muerto, de repente lo ven sano y salvo, y lo sacan como de un sepulcro con himnos y alabanzas de júbilo. Y cuando se le preguntó cómo pudo vivir tanto tiempo sin alimentos, respondió: Desde que fui encerrado en esa estrecha cueva, cada día un pequeño pájaro similar a una paloma volaba hacia mí, y en su pico me traía un pequeño trozo de pan blanco. Con este alimento, en verdad, fui tan dulcemente saciado y restaurado en todas mis entrañas, que me consideraba lleno de delicias reales, más aún, celestiales. Solo un día, porque mi habitual proveedora no vino a mí, me atormentó una insufrible escasez de hambre. Pues su esposa había hecho que diariamente se ofreciera el sacramento de la hostia salvadora por su alma, pero un día, debido a la inclemencia del tiempo invernal, se abstuvo de cruzar el umbral de la Iglesia. Por lo tanto, al comparar mutuamente, quedó claro que aquel día en particular fue consumido por el hambre, porque no se había ofrecido el sacrificio de alabanza por él.

## CAPÍTULO VI. Ejemplo de una mujer que intentó redimir el alma de su difunto esposo con limosnas.

Pero tampoco considero digno de silencio lo que Atto, ciudadano de Auximano de piadosa memoria, hombre prudente y honesto, narró en mi presencia. Una mujer, dijo, al morir su esposo, quedando viuda, había puesto gran esperanza en un cierto sacerdote sobre la salvación de su mencionado esposo, y le enviaba a través de una sirvienta doméstica frecuentes regalos de ofrendas. Siempre rogándole a través de ella que se dignara tener memoria de su difunto: lo cual él prometía fácilmente; sin embargo, avaro y tacaño, nunca ofrecía la bendición de la mujer, ni de lo que ella misma había traído. Por lo cual sucedió que ya le cansaba tanto viaje frecuente, y acusaba en su interior la tacañería del sacerdote.

Después de mucho tiempo, un día, a través de la misma portadora de los piadosos dones, la misma matrona envió al sacerdote un pollo cocido, un pan cocido bajo cenizas y un pequeño vaso de vino. Así, mientras ella, por casualidad, entonces más hambrienta de lo habitual, soportaba la queja del corazón y el tumulto de pensamientos contra el sacerdote, mirando todo a su alrededor, cautelosamente se desvió a un rincón de un retiro más apartado, y sentándose ella misma, tanto como asistente, devoró ansiosamente todo lo que llevaba. La mujer, pues, saciada de comida y bebida, enseguida, exultante de alegría en su corazón, postró su cabeza en la tierra: luego, levantándose, extendió las manos al cielo, y estalló en esta oración: «Dios, dijo, todopoderoso, que das alimento a toda carne (Salmo CXXXV),» así como mi carne ha sido restaurada con este alimento corporal, que por tu misericordia hoy también el alma de mi señor sea saciada en el paraíso.

Regresando, pues, a su señora, la mujer pregunta qué respuesta ha dado el sacerdote; ella, en verdad, testifica que ha dado gracias y prometido vigilancia sobre el difunto. La noche siguiente, en un sueño, se presenta el esposo, agradeciendo a su esposa por los dones del día anterior. Y cuando ella indagó diligentemente cuál era su disposición, si alguna pena lo afligía, o si alguna prosperidad, ojalá, le sonreía, respondió: Hasta ayer me fue mal, pero entre otros inconvenientes de mi calamidad, el hambre me afligió gravemente. Ayer, sin embargo, al ofrecerme un banquete, me restauré espléndidamente; y consumida por completo el hambre, abundé en copiosas dádivas de alimentos. Y dicho esto, desapareció de inmediato. Y cuando la mujer despertó, y comenzó a reflexionar cuidadosamente sobre las palabras de su esposo, se maravilló no poco de por qué él había dicho que solo ayer había recibido de ella un banquete, cuando ella había enviado al sacerdote regalos con mucha frecuencia. Así, reflexionando con un consejo más profundo sobre las palabras de su esposo, entendió que no era sin misterio lo que había dicho. Llamando, pues, a la sirvienta, comenzó a inquirir estrictamente sobre el regalo, qué había hecho, o qué había respondido el sacerdote. Y mientras ella, aterrorizada, inventaba ahora esto, ahora aquello: y suprimida la verdad, palpataba con rodeos y ciertos inventos que no avanzaban; la señora, sin creerle, amenazaba con dureza y aspereza. Finalmente, constreñida por la necesidad, reveló lo que realmente había sucedido; y confesó que había comido lo que había llevado, y que había orado por su señor.

CAPÍTULO VII. Que es más fructífera la limosna dada a los pobres que la ofrenda celebrada por un sacerdote carnal.

Esto, pues, tal como sucedió, se divulga rápidamente por las bocas del pueblo, y se difunde con célebre relato por las regiones: y se determinó por el testimonio de muchos que es más útil y fructífera la limosna a los pobres que cualquier ofrenda entregada en manos de sacerdotes que viven carnalmente; puesto que aquel difunto ignoró lo que se dio al sacerdote; y lo que fue recibido de la pobre mujer, lo sintió como un solemne banquete. La limosna, en efecto, no permite que las almas de los hombres vayan a las tinieblas, y con dones terrenales compra los reinos celestiales. Por lo cual, algunos monasterios en nuestras regiones han adoptado recientemente una norma de institución notable, para que, además de otras obras de piedad, el abad tenga también tres pobres con una mesa privada junto a él, y a cada uno de ellos se le sirva la medida de comida que cualquier hermano tiene (S. BENED. Reg., cap. 46). Pues, aunque la norma regular prescribe que la mesa del abad siempre esté con los huéspedes, de esta manera se cumple recientemente ambos; para que la mesa del abad no esté con los soberbios del mundo, sino con los santos huéspedes, y él no omita comer con los hermanos. En verdad, para que los alimentos más abundantes beneficien a los pobres, se dan en los monasterios y eremitorios los diezmos de todos los productos, y no solo de los rebaños, sino

también de las aves y los huevos. A la devoción de los difuntos también añaden recientemente esto, que a los difuntos más queridos siempre les hagan octavas aniversarias; y no solo en el día de la deposición, sino que más bien durante la octava [semana] cumplan los votos de su memoria anual. Y sugiero y humildemente pido que tú mismo adoptes este conocido instituto de lo que hemos mencionado: y no te desdeñes de tomar ejemplo de los hermanos menores. Es mejor ciertamente que los doctores aprendan de los discípulos, que ignorar con soberbia lo que es recto. Es más honesto para el mayor aprender lo que no sabe, que ignorar lo que debe decirse. ¡Oh gloriosa virtud de la humildad! por la cual el hombre se convierte verdaderamente en discípulo del Salvador. «Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI).» Esta es, en efecto, la virtud por la cual el sacrificio es suave a Dios, y el maestro muestra la instancia de su labor intensa, y el discípulo exhibe su servicio.

De los venerables hermanos del monasterio de Cluny me ha tocado aprender dos notables ejemplos de santa humildad, uno de los cuales puede edificar no poco a los prelados, y el otro a los súbditos. Ciertamente, Marcuardus, rector de la misma Iglesia, sustituyó a Maiolus en su lugar, y procuró para su ya avanzada vejez el descanso del ocio. Así, mientras permanecía privado en la celda de los enfermos, un día al atardecer pidió queso, que el celador, ocupado en muchas cosas, como suele suceder, no solo no le dio, sino que además rompió al ministro con duras respuestas. Se quejó a la multitud de abades, y que no podía soportar la molestia de tantos señores. Al oír esto, el anciano sufrió un escándalo no pequeño, y como había perdido por completo la luz de los ojos, el dolor se aferró más tenazmente a su corazón. Pues cuanto más el ciego está libre de visiones, tanto más sutilmente medita en su corazón lo que oye; y como no se dispersa por las cosas exteriores, se inflama más ferozmente con el estímulo del celo interior. Al llegar la mañana, ordenó a su ministro que lo llevara de la mano al capítulo. Llevado allí, se dirigió al abad con estas palabras: Hermano, dijo, Maiolus, no te puse sobre mí para que me persiguieras: ni para que, como comprador, dominaras sobre mí como esclavo; sino que te elegí para que, como hijo, te compadecieras de un padre. Y después de muchas palabras de este tipo, casi conmovido, añadió: ¿Eres, te pregunto, mi monje? A lo que él respondió: Soy, y no más fui tuyo que ahora lo soy. Y él: Si eres mi monje, dijo, cede inmediatamente el asiento, y repite el lugar que antes ocupabas. Al oír esto Maiolus, se levantó de repente, y buscó humildemente el lugar, como se le había ordenado. Marcuardus, pues, como si regresara por derecho, ocupa el asiento vacante, acusa al celador, a quien había estado enfadado, y lo reprende duramente postrado en tierra, y finalmente le impone la penitencia que le parecía. Cumplido, pues, el largo oficio del tribunal, enseguida se presenta destronado: ordena a Maiolus que regrese a su asiento. Él, sin demora, obedeció sin vacilar.

#### CAPÍTULO VIII. Que hay gran poder en la obediencia.

En este santo varón, pues, se muestra claramente tanto la virtud de la verdadera obediencia como la mortificación de la disciplina monástica. En él se ve verdaderamente reinar tanto la dignidad de la paciencia imperial como la majestad de la humildad apostólica. Pues, ordenado a renunciar al oficio de prior, no lo despreció, ordenado a recibirlo, obedeció pacientemente y con humildad: muerto para sí mismo en ambos casos, y atado con el lazo de la obediencia consumada, mientras se sometía por completo a mandatos ajenos, no permitió que vivieran en él deseos propios. Pero como tanta humildad del bienaventurado varón no pudo ser estéril, lo que primero concibió la raíz misma del rocío del Espíritu Santo, lo difundió germinando en el brote de ramas que brotaban.

El varón de Dios, pues, al ir alguna vez a Roma, ordenó a un hermano que lo acompañara, porque, como se le había pedido, había decidido constituirlo prior en el monasterio de San Pablo. Él, oponiendo algunos obstáculos de dificultad, y de una manera u otra, finalmente

obstinado, se negó a obedecer. Maiolus, sin embargo, soportó con ecuanimidad la desobediencia del hermano, y dejándolo, continuó el camino que había decidido. Y cuando el hermano permaneció en el monasterio por desobediencia, y los demás hermanos se lanzaron vehementemente contra él, y unánimemente increparon la dureza de su obstinación, finalmente, volviendo en sí, se enfrenta a su propia voluntad, se arma con las armas de la obediencia salvadora, y enseguida, encendido por el fervor de la gracia celestial, sigue diligentemente las huellas del bienaventurado varón. Pero mientras él, sin saberlo, avanza en el camino emprendido; este, por su parte, acelera tras él, y ansioso y repentino jadea. Pronto llega a un río, cuyas aguas el varón de Dios ya había cruzado, y aún permanecía en la otra orilla.

Así, cuando el monje se detuvo en la orilla más cercana del río, ya que no tenía medio de cruzar sin una embarcación, viendo de lejos al maestro, lo único que pudo hacer fue postrarse humildemente en tierra; y como no podía hacer oír su clamor pidiendo perdón, hizo de todo su cuerpo una lengua. Al ver esto Maiolus desde lejos, reconoció sin vacilar lo que era, y enseguida, enviando un bote, hizo que el monje fuera llevado hacia él. El varón de Dios, pues, le preguntó de inmediato a qué había venido: y él, al mismo tiempo, pide perdón por lo pasado, y promete cumplir en lo sucesivo todo lo que se le ordene. Entonces él dijo: ¿Quieres, sin duda, penitencia? A lo que él respondió: Quiero; enseguida añadió: Da, pues, un beso a este. Pues casualmente un leproso de piel tuberosa estaba allí. Él, sin demora, se lanzó a su beso, y enseguida la lepra del cuerpo limpio desapareció por completo. Así, la santa obediencia encontró el fruto de su humildad, pues no solo mereció el perdón corrigiéndose, sino que además mostró un signo de tan evidente virtud. Y a quien la soberbia casi pudo infligir la ruina apostática, la humildad le dio la virtud apostólica para exhibir.

Todo esto, venerable Padre, lo describimos no sin gran temor, para no desviarnos en lo más mínimo de la línea de la verdad, ya sea por nuestro propio olvido o por la audacia de una relación infiel. Por lo cual, no afirmamos estas cosas con certeza; sino que, como bajo este orden de relación nos han sido transmitidas, opinamos.

Sin embargo, quien predica la obediencia, debe cuidarse sumamente de que la marca de la inobediencia rebelde no lo queme. Pues donde la obra se distancia de los labios, el nombre del autor se mancilla. Porque quien con hechos combate lo que establece con la boca, sin duda destruye la ley que promulga. Por lo tanto, ruego al mismo autor de la obediencia y la humildad, que se digne en breve alejar de mí las afrentas de esta infamia, y me permita cantar este versículo del Profeta en las puertas del monasterio de Montecassino: «Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día, porque yo mismo que hablaba, he aquí que estoy presente (Isa. LII, 6).»

Bendito sea el nombre del Señor.